

## LOS HIJOS DE AMANDARRO



Betzaide, que vale tanto en bascuence como Brazo-Levantado, es una de las más hermosas montañas bascongadas que circunvalando los límites del Señorío de Bizcaya y de las provincias de Álaba y Guipúzcoa, las tres hermanas del *Irurak-bat*, corona los valles de Eloorrio, Arrázola, Aramayona y Mondragón, como enclavada allí para proteger con su eleva la frente cualquier invasión extraña, ó para ser defendida fácilmente por sus naturales. Si el nombre mismo de Brazo-Levantado no dijera lo bastante á quienes buscan en la etimología el origen de las cosas, la hermosa tradición que conserva esta montaña corroboraría el nombre que lleva, tradición que, descansando en la fé histórica, se repite con orgullo entre los pobladores de ese fértil y pintoresco valle que guarda los antiquísimos y curiosos sepulcros de Arguineta, sobre la villa de Eloorrio.

Cuenta la tradición que en los tiempos en que el emperador Honorio trató de dominar el suelo basco, und de sus legiones mandadas por Euríco acampó al lado de allá de Betzaide, defendido á la sazón por gentes del país; y que, escarmentado en diferentes encuentros que ya con ellas había tenido y no pudiendo dar cima á sus propósitos, apeló á la astucia, como en otras ocasiones lo había hecho, suponiendo en ésta que el obispo de Arriaga, de la famosa cofradía alabesa, se hallaba al frente de su legión, predicando las verdades del Evangelio.

No se dejaron alucinar los bizcainos con estas mañosas nuevas, ni dieron crédito á las promesas que les hacían los extranjeros, ni menos aún admitieron las doctrinas del supuesto obispo, porque ellos, libres como las auras de sus montes, no había necesidad de libertades dudosas, y amaban á su Dios, Señor de las alturas, al Jaungoikoa, antes que Cártago y Roma pisaran las playas españolas. Y así prevenidos, guardaron el Betzaide, como gente recelosa y se acumularon en él,

preparados para el combate si el extranjero intentaba aproximar sus pasos á sus improvisadas tiendas.

Aprestados de este modo transcurrieron algunos días sin que nada de notable sobreviniese en los campos enemigos, hasta que una noche en que mugía el vendabal con furia espantosa, tronchando cuanto hallaba á su paso en los cerros de Betzaide, la alarma despertó á los euskaldunas

Había entonces en la falda oriental de la montaña, como todavía hay hoy, una hermosa casería habitada por un anciano y tres gallardos hijos suyos, fornidos y robustos como los robles de Gáseta. Era la casería de Amándarro. Inquietos parecían en las primeras horas de aquella noche tenebrosa, porque creían percibir entre el mugido de la tempestad, el sonido del cuerno del combate y el choque de las armas; y no pudiendo contenerse por más tiempo, lánzase al campo el hijo mayor de Amándarro. Trepa la cumbre del monte, dirige la vista al campamento y observa que la pelea ha comenzado; y volviendo rápidamente a su casa, después de dar cuenta á sus hermanos de lo que ha visto, dobla la rodilla ante el anciano y exclama con firme voz:

—Padre, nuestros hermanos pelean en Betzaide y necesitan nuestro socorro: los extranjeros son muchos, más que las hojas de los acebos de Ego, y sus armas brillan con siniestro fulgor. Danos, padre, danos pronto tu bendición.

Y los tres jóvenes postrados a los piés del Echeke-jauna, reciben uno á uno la bendición paternal.

—Astor, dijo enseguida con pausada voz el anciano al mayor de sus hijos. Tú eres el jefe y el más fuerte de tus hermanos y no ignoras que el cuerpo sin la cabeza, es un tronco inútil. Destruye la cabeza del enemigo y vencerás.

—Os lo juro, padre mío, respondió Astor, echándose sobre los hombros una tajante hacha y una pesada porra.

—Uchin, dijo á su hijo segundo. Matarás al impostor que astutamente predica contra la doctrina de tus abuelos: si le matas, se desordenarán las filas de su ejército, y el triunfo será seguro.

—Así lo haré, padre mío, replicó Uchin cogiendo un tendido arco y un haz de flechas.

—Iciar, dijo á su hijo pequeño: los extranjeros son los enemigos de nuestra patria y de nuestras libertades; si las perdemos, seremos sus esclavos. Corre á defenderlas y no escasées sus vidas.

—Por la mía os lo juro, padre mío, añadió varonilmente el mancebo, empuñando un pesado venablo que blandió sobre su cabeza.

Y los tres hijos de Amáandarro subieron rápidamente la falda del Betzaide para entrar en la pelea, mientras el echeke-jauna, postrado de rodillas, levantadas las manos y clavada la vista en el firmamento, oraba con la unción más santa pidiendo á Dios libertará á su patria del yugo extranjero.

Horrible fué el combate y espantoso el estrago que los hijos de Amáandarro causaron en las huestes enemigas. Aquellos innumerables extranjeros que á favor de la noche intentaron apoderarse de Betzaide, huyeron cobardemente rechazados por los nervudos brazos euskaldunas, que sin bastantes armas con qué herirlos, les arrojaron las rocas de sus montes, los troncos de sus árboles, todo cuanto pudiera aplastar sus cabezas y machacar sus huesos. Pero ¡ay! la victoria costó cara y llenó de lágrimas los ojos de los héroes que sobrevivieron, porque tan pronto como la aurora rasgó las últimas sombras de la noche, contemplaron el espectáculo más triste y desconsolador.

Al lado del cadáver de Astor yacía el de Eurico, el jefe de la legión romana, horriblemente descuartizado y aplastada la cabeza por la porra.

El supuesto obispo de Arriaga se hallaba tendido junto al de Uchin, atravesado el corazón por una aguda flecha.

Y el del joven Iciar, blanco como el significado de su nombre que equivale á estrella, empuñaba todavía su venablo sobre un montón de cadáveres de soldados romanos que vertían abundante sangre por sus anchas heridas.

Las legiones romanas, después de su derrota en los campos de Betzaide, no volvieron á aparecer jamás. Y es fama que con tal motivo y para perpetuar la memoria de este glorioso hecho de armas que libertó á Bizcaya de la esclavitud de los extranjeros, se levantó en medio de aquel campo una alta pirámide á cuyo alrededor se sepultaron los cadáveres de los tres bravos montañeses, cantándose en su loor este cantar que todavía se conserva en la comarca:

Biskayak pechurikes:

Amandarrok mutilik es.

Que quiere decir:

Amáandarro se quedó sin hijos,

Pero Bizcaya se libró de pechos.

Que la tradición esté mejor ó peor conservada, que haya en ella algún anacronismo ó que revista una forma poco conforme con las costumbres de nuestros días, es lo cierto que precisamente en la planicie del monte Betzaide existe una antiquísima y elevada pilastra de piedra, conocida en todo el país con el nombre de Ipistico-Arriaga, á la que se tiene grandísima veneración. Ni las injurias de los siglos que sobre ella han pasado, ni la mano del hombre, á veces más temible que el tiempo, han logrado todavía destruir aquel misterioso monumento, erigido en tan apartado lugar, sin duda alguna, para conmemorar un suceso de grandísima importancia (1).

JUAN E. DELMAS.

---

## La muerte de Roldán

---

(EPISODIO)

Ya moribundo, en la garganta escueta  
 De dos enormes peñas, enterrado  
 Roldán está, después de haber luchado  
 Como un león furioso en Ibañeta.  
 Su tronco macerado  
 Bajo el rojo matiz de sangre ardiente  
 Pálido se Adivina  
 Cual al morir el sol en occidente,  
 Tras su fulgor rojizo  
 La nocturna neblina  
 De fúnebres cendales se presiente.  
 ¿Qué se hizo su valor? decía él, ¿qué se hizo  
 De aquél ímpetu fiero  
 De aquel afán guerrero  
 De aquella loca furia y de aquel brío?

(1) Ipistico, es corrupción bascongada de Episcopus. Con este título de Episcopus-Arriaga, tiene escrita otra tradición el autor de esta.